

LA OPCION POR LA VIDA: DESAFIO A LA IGLESIA EN EL SALVADOR

Jon Sobrino

RESUMEN

Este escrito es una charla pronunciada en el Texas Lutheran College, Seguin (Texas), el 23 de febrero, y en el Trinity Lutheran Seminary, Columbus (Ohio), el 25 de febrero. Con algunas añadiduras fue reescrita por su autor para el cuarto aniversario del martirio de Monseñor Romero. Dado su destinatario, la conferencia trata de presentar sintética y pedagógicamente la coyuntura del país y de la Iglesia. Medio año después, la coyuntura ha variado en algunos puntos, pero no de tal manera que no tenga validez; la tesis principal: la defensa de la vida como desafío fundamental a la Iglesia en El Salvador.

En la primera parte se describe la situación del país histórica y teológicamente como una situación de muerte, producto de una triple forma de pobreza: la pobreza estructural que da muerte lenta, el empobrecimiento crucificante de la represión, la violencia y la guerra, que dan muerte violenta, y el empobrecimiento estructural, provocado por las dos pobrezas anteriores, que han postrado al país en agonía. En la segunda parte, el autor analiza lo que debe ser la respuesta de una Iglesia que ha hecho la opción histórica, teológica y eclesial por los pobres ante esta situación. Esa respuesta no puede ser otra que propiciar la vida. Para ello el autor recuerda el ejemplo de Mons. Romero y desde ahí analiza lo que en la actualidad la Iglesia hace y no hace en defensa de la vida, su responsabilidad y posibilidades para ello.

Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida. Monseñor Oscar Romero.

La Iglesia en El Salvador es bien conocida. Su opción por los pobres y —sobre todo— las consecuencias de esa opción: conflicto, persecución y martirio; su creatividad pastoral, litúrgica, doctrinal y teológica han llamado poderosamente

la atención. Esta verdadera Iglesia de los pobres alcanzó su máxima expresión en tiempo de Mons. Romero, pero sigue siendo realidad con menor brillantez, pero no con pequeño mérito, entre quienes hoy prosiguen sus pasos. In-

dudablemente no toda la Iglesia salvadoreña es así; pero sí lo es aquella parte de la Iglesia que se ha mantenido fiel al evangelio, a Medellín y a Puebla, y que actúa como levadura dentro de toda la masa eclesial.

Sobre esta Iglesia de los pobres en El Salvador hemos escrito en otros lugares.¹ No vamos a repetir lo dicho, sino que nos vamos a concentrar en un sólo punto: la opción por la vida como el mayor y más urgente desafío del país a esa Iglesia. Esa opción es importante sistemáticamente para comprender a una determinada Iglesia como Iglesia de los pobres y en la coyuntura de El Salvador es absolutamente necesaria. Para la misma Iglesia esto significa esclarecer teológicamente su lugar de encarnación, el mundo real donde vive y la misión que de ahí se desprende, como respuesta al desafío de ese mundo. No es esto, ciertamente, la totalidad de una Iglesia de los pobres; pero sin esto no podrá ser ni la Iglesia de Jesús ni una Iglesia salvadoreña, y con ésto podrá desarrollar mejor la plenitud de su esencia y de su misión.

Todo lo que vamos a decir a continuación se resume en lo siguiente: el mundo de la pobreza es realmente un mundo de muerte y por esa razón la opción por los pobres es una opción en contra de la muerte y en favor de la vida. En la primera parte describiremos y analizaremos teológicamente ese mundo de muerte; y en la segunda, lo que debe ser la misión de la Iglesia en favor de la vida. Para iluminar esa misión citaremos a Mons. Romero de cuya inspiración sigue viviendo la Iglesia que hace esa opción.

1. El mundo de la muerte en El Salvador: lugar de encarnación de la Iglesia

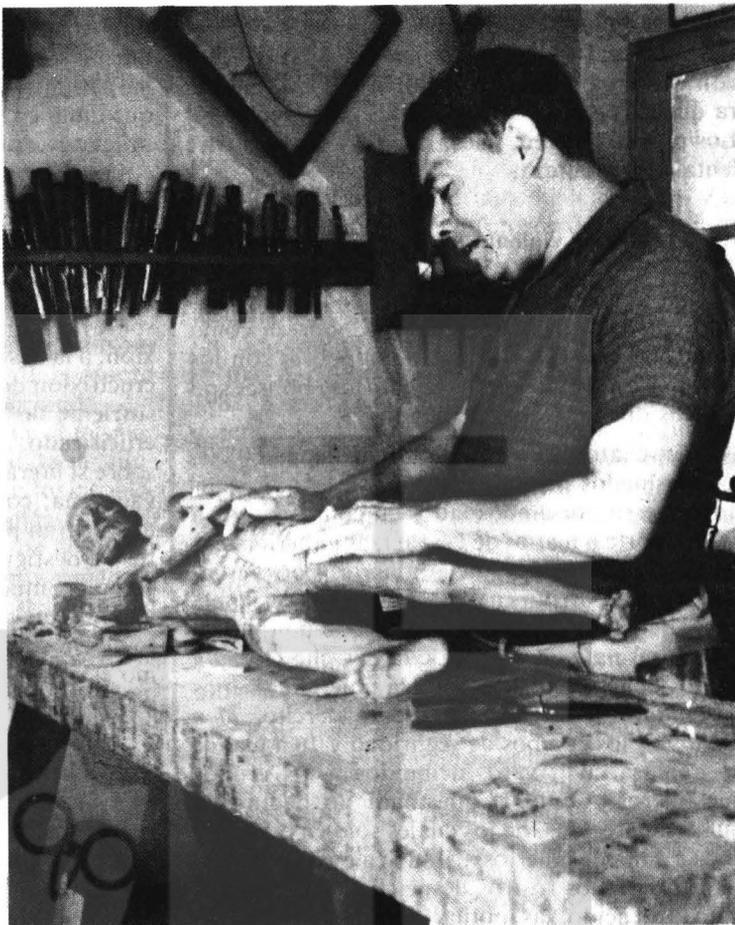
Muchas cosas se pueden decir de la realidad salvadoreña; entre ellas, el enorme idealismo y generosidad en la entrega, la creatividad y fortaleza en medio de la lucha y el sufrimiento, la decisión a sobrevivir de todo un pueblo. Esto es lo más novedoso en comparación con la resignación y fatalismo de épocas anteriores; ello mismo es producto de la esperanza de un pueblo y lo que genera esperanza para el futuro, pues muestra que El Salvador no es sólo un país desgarrado y empobrecido, sino también un pueblo con ingentes valores y capacidades para conquistar la paz y construir la justicia. Pero lo más hiriente y flagrante de la actual situación sigue siendo la pobreza que genera muerte. Esa pobreza se

expresa en nuevas formas y avanza a nuevos estadios, acumulándose en cada uno de ellos la muerte de los anteriores. En la actualidad la guerra está generando tal pobreza y muerte que con razón se puede hablar de la "agonía de un pueblo."²

1.1. La muerte lenta de los pobres

En El Salvador es y ha sido verdad desde hace mucho tiempo lo que se ha afirmado de todo el continente latinoamericano. El hecho más llamativo es "la miseria que margina a grandes grupos humanos," producto de "estructuras injustas" que constituyen en sí mismas una verdadera "violencia institucionalizada" (Medellín). Esa miseria se refleja en todos los indicadores económicos y se expresa en la mortalidad infantil, los salarios de hambre, el 60 por ciento de analfabetismo entre los campesinos, los hacinamientos inhumanos en tugurios y mesones, el crónico desempleo de los campesinos, etc. No es posible ahora acumular datos estadísticos ni recordar la tragedia que se refleja en los rostros de los salvadoreños. Baste decir con Puebla que esta inhumana pobreza es "el más devastador y humillante flagelo." Esa pobreza además no es un hecho natural e inevitable, "sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas" (Puebla) que objetivamente producen gran pobreza y socialmente una espantosa división, "ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres." Por esa doble razón —por ser esa pobreza objetivamente espantosa y por ser injusto empobrecimiento— el juicio de la fe es claro. Esa pobreza "clama al cielo" (Medellín) y es "contraria al plan del Creador" (Puebla). Es pues pecado, absoluta contradicción a Dios; no es condonable ni suavizable por nada; no es un tolerable mal menor, sino un mal mayor.

La absolutez de ese juicio es o debiera ser evidente. Pero es conveniente ahondar en la milicia de la pobreza para que ese juicio absoluto se mantenga y no se le haga pasar, burda o sutilmente, a segundo plano. En El Salvador, como en América Latina y en otros países del tercer mundo, pobreza dice primigeniamente relación con la muerte. Pobreza no significa sólo carencia de algunos bienes accesibles en sociedades de abundancia, sino estar abrumado por el peso de la vida y no poder dominarla a sus niveles más elementales. Pobreza no significa no estar cerca de la abundancia, sino estar muy cerca de la



muerte. Pobreza es entonces cercanía a la muerte real y pobres son los destinados a morir antes de tiempo. De ahí que la pobreza es en sí misma un clamor por la vida, un grito por sobrevivir.

Esta realidad, y por esta razón, clama al cielo y es contrario al Creador, pues creación dice primigenia relación con la vida. El Dios que “a nosotros nos dió un mundo material... para todos sin fronteras,” que quiere “una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar,” como decía el padre Rutilio Grande, ve que su creación está amenazada y destruida. No es sólo pura metáfora afirmar teológicamente que la creación de Dios no ha llegado a ser en El Salvador, pues la vida no es la realidad predominante en una sociedad de pobres; ni es pura metáfora afirmar que en la sociedad salvadoreña existe un grave pecado mortal, pues el sistema socio-económico —el primer idolo, como lo denominó Mons. Romero— está organizado para producir la muerte lenta de la pobreza.

Lo que está en juego en El Salvador es entonces la misma creación de Dios. Suele decirse que en las Iglesias y en la teología de América Latina se ignora con facilidad la escatología —lo cual no es cierto, pues los cristianos creen en la plenificación trascendente de la historia y realizan ya ahora, al modo histórico, valores escatológicos, como la vida en el amor, acompañada de una gran fe y una gran esperanza. Pero lo que sí recalcan esas Iglesias y esa teología es que no hay que precipitarse en apelar a la escatología, ni usarla para trivializar lo que en otras partes se da por supuesto: la protología, es decir, el origen, la creación de Dios. Esta está en grave peligro; ésta tiene que llegar a ser una realidad. Sea cual fuere **la plenitud escatológica, esa plenitud tiene que pasar por la creación; ésta es el inicio y sólo el inicio de aquélla, pero no puede ser su contradicción.** A lo que aspiran los pobres de El Salvador es a que se hagan verdad aquellos textos de Jeremías e Isaías, escatológicos o protológicos

según se miren: "edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma" (Is 65, 21-22; cfr. Jer 29,5). Los pobres quieren, pues, la vida y no la muerte lenta de la pobreza.

1.2. La muerte violenta de los crucificados

A la pobreza como muerte lenta, y en relación con ésta, ha sobrevenido la pobreza como muerte violenta. En El Salvador pobres son los que mueren lentamente y sumamente pobres son hoy los que mueren crucificados.

En cuatro años son ya alrededor de 50,000 los asesinados por la represión, sin contar a los que mueren por ambos lados en combate, en su mayor parte a manos de las fuerzas gubernamentales y de escuadrones de la muerte. Por presentar sólo lo ocurrido en 1983, la oficina de Tutela Legal del arzobispado ha denunciado un total de 5,142 asesinatos políticos de la derecha (1,259 a manos de los escuadrones de la muerte y grupos paramilitares; 3,780 a manos del ejército, 27 a manos de los cuerpos de seguridad y 76 a manos de defensa civil) y 67 atribuidos a los grupos guerrilleros. A esto hay que añadir alrededor de 6 mil desaparecidos, de los cuales sólo en el último año se dan por muertos a 549. Si a esto se añaden las torturas, los rostros despellejados o desfigurados con ácido, las mutilaciones, los troncos sin cabeza —a veces en gran número, de modo que se hace difícil emparejar las cabezas y los troncos—, se comprende hasta ahora hasta qué punto, con qué decisión y crueldad campea la muerte en el país. No es pura metáfora por lo tanto hablar de un pueblo crucificado.

Lo importante para nuestro propósito es recalcar que esos asesinados son pobres y mueren por ser pobres. Lo primero es un dato empírico tanto en las víctimas de la represión como en los que mueren en combate de uno u otro bando, pues pobres son los que combaten con la guerrilla y pobres son los que combaten con el ejército, reclutados éstos no entre los hijos de la oligarquía o las clases medias, sino entre los pobres. Lo segundo es verdad porque la razón última de la represión —y ahora de la guerra— es eliminar a los pobres para que dejen de ser, por su mera existencia conflictiva, una amenaza al sistema establecido, para eliminarlos cuando se han organizado a combatirlo y aterrorizarlos para que no se organicen. También valen estas

reflexiones análogamente para los asesinados que no son sociológicamente pobres: se les asesina por defender la causa de los pobres, de modo que también para ellos cercanía a la pobreza significa cercanía a la muerte.

Dada la masividad de los asesinados y la intención de acabar con los pobres conflictivos para que no lleguen a ser un pueblo de pobres que quieren liberarse, se debe hablar con rigor de un pueblo crucificado. A la muerte lenta del pueblo sobreviene ahora la muerte violenta de la crucifixión; a la destrucción de la creación sobreviene la crucifixión de un pueblo que se asemeja al siervo sufriente de Jahvé. Este es hoy todo un pueblo crucificado. Como el siervo ese pueblo carga sobre sí literalmente el pecado de la sociedad salvadoreña; como el siervo sucumbe bajo el peso de tan gran pecado; como el siervo muere con su rostro desfigurado por las torturas; como el siervo muere muchas veces sin proferir palabra, en el anonimato; como el siervo es considerado maldito de Dios, es llamado criminal y subversivo; como el siervo es enterrado entre los impíos, echado en las calles, en cementerios clandestinos.

No es ésta la única ni la última verdad de este pueblo crucificado, pues también como el siervo —en la difícil afirmación de la fe— trae la salvación y será glorificado. Pero esta crucifixión es absolutamente verdadera y comprenderlo así es esencial para la fe. Ella revela que contra el Dios de la vida y de la justicia reaccionan activamente los dioses de la muerte, que dan muerte para defenderse y subsistir. Poco importa cómo se les llame; en El Salvador Mons. Romero lo llamó el ídolo de "la doctrina de la seguridad nacional." Lo importante es que el ídolo de la riqueza es intocable y quien lo toca sucumbe a manos del ídolo de la seguridad. Como dijo gráficamente Mons. Romero: "Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable. ¡Y ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema" (12.8.79).

1.3. La agonía de un pueblo

La intolerabilidad de las dos pobreza anteriores ha llevado a una lucha contra ellas. Esta se ha desarrollado de diversas formas, pero en vano: elecciones fraudulentas en 1972 y 1977, cuando todavía era posible cambiar la sociedad de forma pacífica; organización popular para pre-

El mundo de la pobreza es realmente un mundo de muerte y por esta razón la opción por los pobres es una opción en contra de la muerte y en favor de la vida.

sionar los cambios y subsecuente aplastamiento de sus líderes y masacres de sus miembros; intento reformista del 15 de octubre de 1979 y fracaso dos meses y medio después. La actual guerra y su práctica inevitabilidad hay que comprenderlas desde lo anterior. Pero no es ahora el momento de analizar las causas de la guerra, sino de afirmar que, tal como está transcurriendo, no sólo no ha hecho disminuir los tipos de pobreza descritos sino que los está potenciando. La guerra no es sólo un gravísimo mal en sí misma, sino que está retrasando y dificultando la solución urgente y ya de por sí difícil de los problemas estructurales y propiciando más muerte, destrucción y represión en función de la guerra misma. En la actualidad, por lo tanto, existe un empobrecimiento objetivo y global del país que alcanza a todas sus esferas. Y como por ahora no se ve fin o disminución de la guerra, sino su acrecentamiento, se puede hablar de la agonía de un pueblo, nuevo estadio en su pobreza que asume las anteriores y las potencia.

La guerra está produciendo ya un número muy alto y cada vez más elevado de *muertos en combate*. Aunque no se conocen datos exactos, se puede calcular conservadoramente que en tres años de guerra el número de bajas del ejército gubernamental, entre muertos y heridos, se acerca a 10,000, mientras las bajas del FMLN pudieran ser alrededor de 2,000.

Tal como se está desarrollando la guerra, ésta necesita de la violación de los derechos humanos y de la *represión*. Por lo que toca al FMLN el terrorismo, en el sentido de asesinatos, ha sido siempre inferior al de sus contrarios, y en la actualidad se ha reducido significativamente de forma que no se le puede considerar elemento sustancial en la conducción de la guerra. Del otro lado, la represión sigue siendo necesaria para la guerra y el aparato represivo sigue intacto. La guerra significa además, en directo, nuevos reclutamientos forzosos, inhumanos y selectivos de los pobres por parte del ejército; decretos inicuos sobre las garantías políticas y civiles, inanidad en la administración de la justicia, prórroga indefinida del estado de sitio —ya lleva cuatro años—, al amparo del cual se facilita más la represión.

La guerra está llevando a la *economía* a una situación caótica. El sabotaje a la economía es

parte integrante de la guerra, tal como la lleva el FMLN; por otra parte, los escasos recursos del país se destinan prioritariamente a la guerra y la economía se planifica en función de la guerra, de modo que existe ahora una economía de guerra. Las consecuencias para la población son espantosas. El producto interno bruto per cápita ha ido descendiendo de 1980 a 1983 en la siguiente forma: 432 dólares en 1980, 380 en 1981, 350 en 1982, 335 en 1983, según datos de la CEPAL. El desempleo abierto es del 38 por ciento según datos oficiales, comparado con el 8 por ciento en 1979; pero si se considera a quienes no tienen pleno empleo y a quienes no alcanzan a ganar el salario mínimo, el desempleo llegaría a casi el 80 por ciento, comparado con el 51 por ciento en 1979. El índice general de precios en 1983 había aumentado en un 97 por ciento con respecto a 1979, y en un 122 por ciento para los productos alimenticios.

Fenómeno masivo y trágico comenzado por la represión y potenciado por la guerra son los *refugiados, desplazados y exiliados*. Dentro del país se calcula en medio millón quienes han abandonado sus hogares y todo lo que poseían; otro medio millón de salvadoreños han abandonado el país. Alrededor, pues, de un millón de salvadoreños, el 20 por ciento de la población, o según otros de un millón y cuarto, la cuarta parte de la población, se han visto afectados de esta forma por la guerra. Y, de nuevo, la inmensa mayoría de ellos son pobres. Además de las penurias económicas por las que pasan en los refugios o fuera del país, hay que añadir el riesgo que ha supuesto para sus vidas muchas veces el abandonar sus lugares y llegar a los refugios, los *traumas psicológicos en familias divididas y en los niños huérfanos*, la incertidumbre cada vez mayor hacia su futuro y el horror a seguir viviendo de forma tan antinatural e inhumana.

La guerra produce y agrava otros muchos males sociales. El *sistema educativo* se descompone rápidamente y está en situación caótica. La universidad nacional prácticamente cerrada desde 1980, más de 300 maestros asesinados y muchos otros han abandonado el país, la escasez de recursos para la educación, la dificultad de un normal funcionamiento de escuelas y colegios en zonas conflictivas; todo ello está dificultando gravísimamente la educación y empobreciendo

seriamente al país en sus recursos humanos, lo cual se hará notar en años venideros.

La guerra hace todavía más inexistente la *verdad* en el país, que ni se busca ni se dice. La propaganda militar, los discursos de los gobernantes, las declaraciones de los partidos políticos manipulan la verdad, en ocasiones de forma alucinante. No se investigan los asesinatos más notables, ni menos los de los otros 50,000 asesinados. Es difícil y arriesgado decir la verdad sobre el país, con la consiguiente deshumanización ambiental de un pueblo que se sabe habitualmente engañado y no cuenta con la verdad.

La guerra produce una *deshumanización social* que se expresa en la exarcebación de las divisiones, en la despolitización masiva, en la resignación y pasividad ante la impotencia por detenerla. Como además la guerra se prolonga y no se le ve fin, funde la desesperanza y la desesperación.

La guerra acrecienta el interés egoísta de las grandes potencias y sobre todo la descarada *intervención* de Estados Unidos en El Salvador y el sometimiento cada vez más absoluto a sus dictados. El Salvador se convierte en parte de la política de Estados Unidos y para Estados Unidos. Se pierde la soberanía nacional y se empobrece la identidad popular.

Y lo peor es que no se le ve fin a la guerra y al proceso de empobrecimiento global del país. La guerra misma no parece conducir a su fin por medios puramente militares, pues por el momento no parece probable ni que el FMLN ni el ejército gubernamental puedan triunfar absolutamente sobre el otro. Y si se diese un triunfo militar de alguna de las partes, el porvenir es también sombrío. Si triunfase el FMLN inmediatamente comenzaría una nueva guerra contrarrevolucionaria, como ha ocurrido en Nicaragua; si triunfase el ejército gubernamental, se volvería a la situación anterior, la cual ha originado la pobreza, la represión y el conflicto, con el agravante de que el país estaría mucho más empobrecido y destruido y los militares más envalentonados. Y, sin embargo, Estados Unidos intenta la solución militar como lo muestra la petición del informe Kissinger de cuadruplicar o quintuplicar la ayuda militar, y la acelerada conversión de Honduras, limítrofe con El Salvador, en una base militar.

Tampoco las elecciones del 25 de marzo de 1984 resolverán el problema fundamental de la guerra, la represión y el deterioro económico, co-

mo no lo resolvieron las de 1982, pues ni se han convocado ni pensado para ello. La solución negociada ofrecida por el FMLN-FDR, pedida por muchos gobiernos, por las Naciones Unidas, por Contadora y por muchas iglesias no parece por ahora posible.

Este es el trágico panorama que presenta el país. Unos pueden ofrecer avances reales, como el fortalecimiento militar, la consolidación de nuevas formas de vida económica y social en zonas controladas; otros pueden ofrecer avances formales, como la nueva constitución, la democratización formal a través de elecciones. Pero el país en cuanto tal está empobrecido y en proceso de un mayor empobrecimiento. Y si antes de la guerra preocupaba seriamente la viabilidad de El Salvador como país a finales del siglo con cerca de diez millones de habitantes, las perspectivas causan ahora pavor.

2. La opción por la vida: misión de la Iglesia

La presentación anterior debe ser hecha y analizada sin duda en mayor detalle; pero es suficiente para presentar el desafío del país a la Iglesia. En El Salvador impera la pobreza de la miseria, la pobreza de la crucifixión y ahora la pobreza de todo un país en agonía; impera la muerte. Ante esta situación la Iglesia debe optar por la vida. Lo debe hacer en cuanto Iglesia *salvadoreña*, pues sin esa opción la Iglesia no estaría respondiendo a El Salvador, y no sería creíble ni relevante en El Salvador. Y lo debe hacer como Iglesia *cristiana*, pues como tal tiene la misión de anunciar e iniciar el reino de Dios en la tierra y éste no puede llegar a ser si no se destruye el antirreino de la muerte y no se construye el reino de la vida. A continuación no pretendemos más que explicitar esa obvia opción por la vida desde sus condiciones previas, sus desafíos y sus realizaciones.

2.1. La opción histórica, teológica y eclesial por los pobres

Para escuchar y responder a los desafíos de un país en situación de muerte es necesario que la Iglesia concrete algunas convicciones previas, aunque ya las posea doctrinalmente, y las mantenga en medio de las dificultades y tentaciones. Esa convicción previa necesaria se puede resumir en la voluntad decidida a hacer una opción por los pobres.

Jurídico para dar asistencia legal a los perseguidos. Así estaba Mons. Romero dispuesto las 24 horas del día a escuchar a la gente, a hablar con quien fuera para prevenir mayores desastres, a mediar en tomas de templos que amenazaban con invasiones de los cuerpos de seguridad etc. Lo que estaba muy claro en él era el principio de acompañar y no abandonar —por cualquier razón o excusa— al pueblo sufriente. Preguntado cinco semanas antes de su asesinato qué haría si el estallido de la guerra dificultase la acción de la Iglesia, contestó que acompañaría a su pueblo hasta el final “aunque sólo sea recogiendo cadáveres e impartiendo la absolución a los moribundos” (Entrevista a Prensa Latina, 15.2.80).

Pero esa misericordia no era sólo producto de un corazón bueno, sino criterio también para juzgar un proceso. Es indudable que la lucha por la justicia exige una alta cuota de sufrimiento y la guerra lo potencia gravísimamente. Pero por su gran misericordia Mons. Romero no relativizaría absolutamente esos sufrimientos. Ni en nombre del patrimonio ni en nombre de una puridad dogmática revolucionaria permitiría un ilimitado sufrimiento del pueblo. Desde esta misericordia, y no sólo desde la ineficacia práctica de la guerra para terminar consigo misma, gritaría hoy un basta ya a la guerra.

d) Decir la verdad

Falta en nuestro ambiente la verdad (12.4.79). Vivimos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada (18.3.79). Dios no es mentiroso (18.2.79).

Mons. Romero fue un apasionado amante y decidor de la verdad. En tres años, como él dijo, **nadie lo pudo acusar de no decir la verdad.** Esa pasión por la verdad le venía de su fe en un Dios de la Verdad y de su conciencia personal de ser un profeta que hablaba en nombre de ese Dios. Pero además decía la verdad porque veía en la mentira un poderoso principio de deshumanización en el país y una poderosa arma contra la vida de los pobres.

Mons. Romero en primer lugar buscó la verdad; la verdad objetiva de la represión y de sus causas, la verdad de la coyuntura política, la verdad de la administración de la justicia; la verdad también de su propia Iglesia para lo cual dialogaba con todos y enviaba cuestionarios a las comunidades, cuyas respuestas incorporaba después en sus cartas pastorales. Y una vez encontrada, la decía semanalmente. El mero hecho de buscarla y decirla era una fuerte denuncia de las declaraciones oficiales, de lo que aparecía en los medios de comunicación, de la falta de investigación en las cortes judiciales. En contraposición ofrecía la verdad en los medios de comunicación del arzobispado.



Para la Iglesia optar por los pobres significa superar la tentación de centrarse en sí misma y de anteponerse al reino de Dios, sobre todo cuando ese reino significa luchar contra la muerte y defender la vida de los pobres.

Pero decía la verdad en último término porque creía que con ella se humaniza al hombre y a los hombres, se les devuelve la confianza en un necesario y poderoso medio de alcanzar la justicia: la verdad. Y con la verdad defendía a los pobres. Creía profundamente que la verdad estaba en su favor y por ello no necesitó nunca convertirla en propaganda. Por ello decía también la verdad a los pobres y a sus organizaciones; les exigía también a ellos la conversión para que no se convirtiesen en un nuevo ídolo y criticaba sus errores. Todo esto lo hacía porque creía que la verdad sanaba los errores y potenciaba sus grandes aciertos.

Pero por encima de todo puso la verdad al servicio de la vida. En su palabra se expresó con una valentía, un compromiso y una verdad inigualables sobre los sufrimientos y las esperanzas de su pueblo. Fue en verdad "la voz de los sin voz," el grito por la vida.

e) La reconciliación y el diálogo

Hay perspectivas, aún humanas, de soluciones racionales. Y, sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación! (16.3.80)

Con estas palabras terminó Mons. Romero su penúltima homilía dominical. No son, pues, palabras rutinarias, sino solemnes; ni son anacrónicas, pues entonces ya había estallado con fuerza el conflicto y se preveía el estallido de la guerra.

Mons. Romero defendió la reconciliación para poner freno a la división en aumento, que deshumanizaba al país como un todo y por su naturaleza tendía a endurecer posiciones y causar más guerra y destrucción. Vio en la reconciliación un principio de humanización personal y social; pues, por comprensible que sea la animadversión y el odio al enemigo, dejarse llevar emocional y racionalmente por él sólo genera mayores males. No es fácil hablar de reconciliación con credibilidad en situaciones como las de El Salvador y sólo su gran prestigio personal se lo permitió. Pero puso signos de ella, signos utópicos pero importantes; pero signos al fin y al cabo de cómo frenar la espiral del conflicto. El más impresionante fue el de su propia muerte. "Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan" (marzo, 1980). Reconciliación significó el difícil, pero

fructífero acto de no cerrar futuro para siempre al adversario y abrir así futuro a todo un pueblo como pueblo.

Pero además buscó la reconciliación estructural como el mejor modo de resolver conflictos y propiciar la justicia, y de hacerlo sobre bases firmes: el diálogo. En todos los conflictos políticos importantes durante los tres últimos gobiernos propició el diálogo. Bajo el gobierno del presidente Romero propició y analizó doctrinalmente el diálogo, sus condiciones, participantes y finalidad en su cuarta carta pastoral. Durante la primera junta, después del 15 de octubre de 1979 afirmó: "Nadie tiene la clave, y por eso estamos sufriendo, pero entre todos la podemos encontrar" (4.11.79). Durante la segunda junta y ante la inminencia de la guerra, volvió a repetir que hay que "unir las fuerzas para salvar al pueblo" (6.1.80). Cinco días antes de su muerte dijo: "Si somos racionales y hacemos uso de nuestras propias capacidades superiores podemos resolver esto en forma pacífica y pronto" (19.3.80). La presente situación no hace sino añadir profundidad y urgencia a su exigencia del diálogo.

f) Mantener viva la esperanza

Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor (7.1.79). El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener (27.1.80).

Mientras dura el sufrimiento, la guerra y la muerte es sumamente importante que todo un pueblo no pacte con ellas, que mantenga la esperanza. Esta no es optimismo engañoso ni voluntarismo dogmático, sino producto de una gran fe en Dios y en el pueblo salvadoreño. Eso es lo que comunicó Mons. Romero. Comunicó esperanza haciendo todo lo anterior y la pudo comunicar por la credibilidad que el pueblo había depositado en él.

No se cansó de repetir que a los pobres se acerca el reino de Dios. "Verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de resurrección. Para nuestro pueblo ha de llegar esa hora" (11.11.79); y pudo decir que Dios estaba cerca de los pobres porque él mismo lo estaba y así lo sentían. Convirtió también en esperanza de vida la muerte cotidiana. "Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de las víctimas no será en vano" (27.1.80).

“En esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte.” Mons. Romero.

Pero también comunicó esperanza en base a los valores del pueblo. Muchas veces reconoció su entrega y compromiso, sus generosos martirios, su terca decisión de luchar por la justicia. Muchas veces habló emocionalmente de su propia Iglesia, una Iglesia “tan viva, ¡una Iglesia Mártir! ¡Una Iglesia tan llena del Espíritu Santo!” (31.12.78). Mons. Romero vio que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y aunque la muerte lo invadió todo y el pecado mostró su fuerza y crueldad, por todas partes encontró una mayor fe y una mayor generosidad. Por eso pudo decir en medio de la tragedia: “Lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: ‘sí hay una salida (18.2.79).

2.3. La Iglesia salvadoreña en la actualidad

La situación actual es distinta a la del tiempo de Mons. Romero. Pero es distinta sobre todo porque ha empeorado. Persisten los males que él denunció, a los cuales se ha añadido el gran mal de la guerra que ha potenciado los anteriores. Persisten, por lo tanto, los desafíos a los cuales él respondió y sigue siendo necesario responder a ellos con el espíritu de Mons. Romero. Una nueva situación exige sin duda una concreción adecuada de ese espíritu; el trabajo por la paz sobre todo. Pero la novedad de la situación no exige un espíritu distinto, sino el mismo espíritu de Mons. Romero; y no lo exige en menor, sino en mayor medida.

La respuesta programática de la Iglesia a los desafíos de la situación ha sido claramente expresada por Mons. Rivera. A un nivel doctrinal lo dijo claramente en su toma de posesión como arzobispo el 8 de abril de 1983.

Como estamos en El Salvador consideraremos como prioridad el problema de la guerra y la paz, para que se ponga fin a la guerra a través de medios pacíficos, como el diálogo pedido por la Iglesia, con las condiciones que nos señaló el Santo Padre tanto en la homilía como en el Mensaje del 1º de enero de este año. Entre tanto debemos exigir y ayudar a humanizar el conflicto y tratar de hacer menos amargo el dolor de las viudas,

los huérfanos, desplazados, depredados, prisioneros, heridos, etc.

De manera particular, recordando que la promoción de la justicia es parte integrante de la evangelización, pondremos énfasis en la promoción humana, integral, para que los más necesitados sean sujetos de su propio destino, tengan voz y sean más. Tengo conciencia de mis propios pecados y limitaciones; pero me abandono a la misericordia de Dios que me ha querido poner en este lugar y a la caridad de las oraciones y de la ayuda de ustedes.

En la práctica diaria la Iglesia está dando verdadera prioridad a la solución dialogada y negociada del conflicto. Así lo hace Mons. Rivera en sus homilias, proclamando su necesidad, explicando su racionalidad, prefiriéndolo a cualquier otra solución, como la guerra o las elecciones. El mismo se ha comprometido personalmente en el diálogo, ha dado claras muestras de hablar con las dos partes, no ha rehusado hacer de mediador entre el FMLN-FDR y el gobierno entregando a éste las ofertas de diálogo de aquél. En la actualidad la Iglesia se está ofreciendo con más seriedad y eficacia a ser institucionalmente mediadora, lo cual cuenta con la aprobación del FMLN-FDR, mientras espera la aceptación del nuevo gobierno que surja de las elecciones.

La Iglesia está trabajando por humanizar el conflicto, atendiendo a miles de refugiados, defendiendo programáticamente sus derechos, sobre todo, los de quienes huyen de la represión gubernamental; ayudando a las personas y presos políticos que tienen que huir del país; ofreciéndose en ocasiones a recibir a los prisioneros liberados por el FMLN. La Iglesia está trabajando por decir la verdad sobre el país, analizando las causas verdaderas del conflicto, denunciando semanalmente la represión en las homilias y en los informes de la Tutela Legal del Arzobispado. La Iglesia trabaja por la reconciliación, rechazando, en primer lugar, el enfoque maniqueo del conflicto, insistiendo en que éste se da “entre hermanos que empuñan las armas” en palabras de Juan Pablo II, defendiendo en principio el trabajo pastoral de sacerdotes y religiosos en zonas controladas por el FMLN, fomentando la disposición espiritual de reconciliación en su pastoral.

De todas estas formas trata la Iglesia de responder al clamor por la vida. Sigue recordando que el origen de la muerte está en la injusticia social y que no habrá vida mientras no desaparezca aquélla. Este sigue siendo el desafío fundamental, aunque el más urgente es el de poner fin a la guerra. En ello es fiel al desafío de la realidad y al espíritu de Mons. Romero. No ha rehuído las amenazas que por ello le sobrevienen y muestra así su decisión fundamental a optar por la vida de los salvadoreños.

Muchos y serios problemas tiene la Iglesia para responder a ese desafío. Unos le vienen de fuera y otros de dentro de la misma Iglesia. Veamos cuáles son para entender la situación actual de la Iglesia, en dónde está su debilidad y en dónde está su fuerza.

Después de años de represión y siete años de persecución, la Iglesia está diezmada; se ha empobrecido seriamente en recursos humanos, en sacerdotes y agentes de pastoral, quienes han sido asesinados, expulsados o han abandonado el país por amenazas de muerte. Buena parte de la Iglesia está atemorizada, lo cual hace que haya bajado en conjunto la cercanía a los pobres, el compromiso con ellos, la claridad en la denuncia de la represión. El cansancio que produce la duración del conflicto ha hecho desentenderse a muchos cristianos de la situación del país en cuanto cristianos, de modo que vale también para ellos la exigencia y la queja de Mons. Rivera: "que asuman cada vez más su papel protagónico en la búsqueda de la paz y no consideren como un fatalismo la continuación del conflicto" (15.5.83). Ese desentendimiento del país ha hecho volver a una comprensión y práctica de la fe y de la eclesialidad más individualista e interiorista, de modo que se encuentra en la fe el refugio a los problemas personales, pero no tanto la motivación para la construcción del reino. Por todas estas razones el cuerpo eclesial ha perdido vigor como cuerpo al servicio de una opción por los pobres y ha hecho descender el influjo social de la Iglesia como un todo; la división no el mayor problema dentro de ese cuerpo, pero la unidad es poco operante. Todo esto es comprensible, dado el miedo y el cansancio reinantes, pero no deja de ser problema serio para una Iglesia que desea ser eficaz para responder a los problemas del país.

Desde otro punto de vista es también peligroso que la repetida afirmación del diálogo por parte de la Iglesia oficial se convirtiese en



rutina, en pura ortodoxia sin una correspondiente praxis, de modo que el desentendimiento anotado pueda justificarse con el conocido mecanismo tranquilizador de la pura ortodoxia. Sería deseable además que el análisis de la realidad salvadoreña no se reduzca prácticamente a la guerra y al necesario diálogo, sino que se analice también la globalidad de la situación, las diferentes clases de violencia, la situación de la economía, la educación, la salud, etc. Desde el asesinato de Mons. Romero los obispos no han publicado una carta pastoral en donde se analice detalladamente la globalidad del país; ni los medios de comunicación social de la Iglesia ofrecen tales análisis. Con ello no sólo se priva de una argumentación más poderosa en favor de la urgente paz y del diálogo necesario, sino también de la orientación positiva para construir una nueva sociedad, con qué fuerzas sociales, con qué exigencias de cambios estructurales, etc. Esta falta de orientación positiva se puede deber a que la Iglesia conoce bien lo que no quiere: la prolongación de la guerra, la continuación del sistema capitalista deshumanizador, el triunfo absoluto de la guerrilla; pero no expresa con claridad lo que quiere positivamente para el país.

La opción histórica por los pobres. Quiénes son los 'pobres' en El Salvador ha quedado abundantemente claro. Se trata de seres humanos cuya vida está amenazada a muchos niveles, pero muy principalmente al nivel de la supervivencia. Otras consideraciones sobre la pobreza no deben ni ignorar ese primer significado socio-económico ni hacerlo pasar a segundo plano. Pobres son ciertamente hoy aquéllos para quienes sobrevivir es su máxima tarea y morir su destino más cercano. Por ese tipo de pobres la Iglesia debe hacer una opción.

Qué sea 'opción' por los pobres ha quedado también claro en Medellín y Puebla: el compromiso con los pobres como lo llevó a cabo Jesús para que tengan vida y vida en abundancia. Lo importante es analizar algunas características formales de esa opción en la situación actual de El Salvador.

Opción significa parcialización. Esta, como se sabe, no quiere decir exclusividad —pues la opción es preferencial—, pero tampoco quiere decir neutralidad. Mantener esa parcialización es sumamente importante para la Iglesia, pero no es fácil. No lo es porque la parcialización siempre implica riesgos y conflictos; y en las actuales situaciones porque el legítimo e importante deseo de fomentar el diálogo y ofrecerse como mediadora supone, por su naturaleza histórica, algún tipo de neutralidad.

Pero la neutralidad política no debe significar neutralidad histórica hacia los pobres. Parcialización significa al menos la disponibilidad a analizar y juzgar la realidad y los procesos desde los pobres; que sea su realidad objetiva el primer y fundamental criterio para juzgar la guerra, los procesos, las soluciones, etc. Esto supone eficazmente que la Iglesia no se deje guiar por otros criterios previos ideológicos más que históricos: capitalismo o marxismo, este u oeste, para juzgar la realidad. Ideologías y sistemas históricos deben ser juzgados en su totalidad y en sus realizaciones concretas desde los pobres y según su bien. Con ello se quiere decir que hay que evitar una parcialización por los pobres puramente teológica, pero en ningún modo histórica; y mucho más una aparente neutralidad histórica que en realidad no lo es, pues resulta nociva para los pobres.

Opción significa práctica, un hacer en favor de los pobres. No basta por lo tanto una opción puramente doctrinal, aunque concreta, que como muchas otras veces se convierte en pura orto-

doxia y tranquiliza a la Iglesia ante la ineludible opción que se le exige. Es indudable que en la situación de El Salvador la opción por los pobres debe ser real y no sólo intencional, práxica y no sólo doctrinal. Cuando está en juego la vida y la muerte de los pobres, la opción tiene que significar parcialización histórica por la cual defiende su vida y realización de esa opción de modo decidido.

La opción teológica por los pobres. La vida de los pobres no lo es todo para la fe en Dios; pero sin aceptar convencidamente una esencial convergencia entre ambas ni se puede creer en el Dios de Jesús ni la fe en un Dios fomentará la vida de los pobres. Con ello se quiere decir que ni se puede ignorar o suavizar la situación de los pobres en nombre de la fe, ni se debe pensar que esa situación nada importante tiene que decir a la fe en Dios, como si ésta ya estuviese constituida absolutamente con anterioridad a la captación de la realidad y las exigencias de los pobres. Esa situación de vida o muerte pudiera ser la mayor tentación para la fe; pero puede ser también aquello que cristianiza la fe por ser el lugar para escuchar la palabra de Dios, sus exigencias y su voluntad.

Los momentos fundacionales de la fe siempre han ocurrido en situaciones de gran densidad histórica cuando han estado en juego la muerte y la vida de los oprimidos. Dios se ha mostrado como Dios en favor de la vida y en contra de la muerte; pero ese mostrarse suyo no ha acaecido sólo doctrinalmente y al margen de la realidad, sino a través de ésta. Ante la pobreza y la muerte (el pueblo esclavizado en Egipto, los oprimidos en tiempos de Jesús y la misma cruz de Jesús) Dios se ha mostrado como quien quiere la vida (liberación de Egipto, el anuncio de la cercanía de su reino, la resurrección de Jesús), y lo ha hecho optando por los pobres y crucificados, comprometiéndose con ellos. Muerte y vida no son realidades que Dios haya elegido arbitrariamente para mostrar su realidad y su voluntad, sino aquellas que por su naturaleza le han forzado, por así decirlo, a revelarse a sí mismo, a revelar lo que quiere para el mundo y lo que exige de los hombres. Dios se ha mostrado como el Dios de la vida, de la justicia, de la liberación y de la resurrección; más aún, como el Dios comprometido con todo ello y por ello también crucificado; con lo cual su afirmación de la vida se hace entrega y amor.

Esta convicción teológica refuerza la exigencia de cualquier hombre a defender la vida, exi-

En El Salvador está en juego la misma creación de Dios.

gencia que puede parecer como puramente humana, pero que es en verdad divina. Si se cree en un Dios de la vida, entonces aparece con fuerza la alternativa en que el mismo Dios ha puesto al hombre: "te pongo delante de la vida y de la muerte... Escoge pues la vida y vivirás" (Dt 30,19); aparece con fuerza la pregunta de Dios a todo hombre ante los asesinados: "¿Qué has hecho de tu hermano?" (Gen 4,10); la pregunta por el prójimo —hoy todo un pueblo herido en el camino—, contestada por Jesús en la parábola del samaritano: "Vete y haz tú lo mismo" (Lc 10,37); aparece como necesaria la reacción compasiva y misericordiosa de Jesús ante las multitudes y su exigencia: "Denles de comer" (Mc 6,37).

La opción eclesial por los pobres. La vida de los pobres no agota, de nuevo la eclesialidad de la Iglesia, pero sin defenderla la Iglesia deja de ser cristiana y defendiéndola se potencia como Iglesia. Más adelante veremos los contenidos de esa defensa de la vida. Ahora nos queremos concentrar en la opción por los pobres como elemento esencial de la identidad formal de la Iglesia. La identidad de la Iglesia consiste en su misión, es pues una realidad volcada por su esencia hacia fuera de sí misma. Esa misión es la evangelización, concretada en el anuncio, testimonio y realización de la buena nueva a los pobres. Lo importante ahora es recalcar que la identidad le viene del servicio a un 'otro' que no es ella misma, y a un 'otro' que, por ser los pobres, le presenta una radical alteridad y una radical relacionalidad. De ahí que 'ese' otro sea siempre tentación, pero también posibilitación de la eclesialidad.

Optar por los pobres significa entonces, en primer lugar y negativamente, superar la tentación de centrarse en sí misma y de anteponerse al reino de Dios, sobre todo cuando ese reino significa luchar contra la muerte y defender la vida de los pobres. Esto puede ocurrir por varias razones. Por razones teóricas, pues la opción por un 'otro' que son los pobres le introduce en un mundo difícil y complejo, de modo que no es fácil siempre saber lo que hay que hacer; por razones prácticas, porque la alteridad de los pobres es en sí misma conflictiva e introduce a la Iglesia en el conflicto con las consecuencias de riesgos, persecución y muerte; por razones pecaminosas, pues los intereses de los pobres no coinciden siempr-



con los intereses de la Iglesia, de modo que ésta anteponga los suyos, busque más la supervivencia —cuando no privilegios— que la vida de los pobres, aunque para ello argumente con una mayor eficacia en el futuro a costa de un menor compromiso en el presente. Optar por los pobres es, pues, superar la tentación a permanecer, sutil o burdamente, como mero espectador del drama, negando su identidad relacional hacia el reino de Dios en ese mismo acto de ser sólo espectador.

En segundo lugar y positivamente, opción por los pobres significa formalmente que la Iglesia comprenda su intraeclesialidad desde y para esa opción, de modo que se constituya en un vigoroso cuerpo eclesial con fuerza social para defender la vida de los pobres y desarrolle su creatividad pastoral, litúrgica, doctrinal y teológica al servicio de esa opción; que comprenda que su lugar de encarnación es el mundo de los pobres y que desde él, y no al margen de él, crecerá como Iglesia.

A la pobreza como muerte lenta, y en relación con ésta, ha sobrevenido la pobreza como muerte violenta. En El Salvador pobres son los que mueren lentamente y sumamente pobres son los que mueren crucificados.

Opción eclesial por los pobres significa entonces fidelidad a la relacionalidad constitutiva de la Iglesia en favor del otro, sin dejar que otras consideraciones legítimas u otros intereses ilegítimos perviertan la identidad de la Iglesia centrándola en sí misma.

Historia, fe y eclesialidad son realidades formalmente distintas, pero relacionadas y convergentes. La opción por los pobres se hace de verdad cuando las tres realidades convergen y la profundidad de la opción depende de la profundidad de la convergencia. Cuando ésta ocurre, entonces las tres realidades se esclarecen y se potencian mutuamente.

A un nivel teórico se puede avanzar en mostrar dicha convergencia; pero ésta no crece en último término sólo y principalmente con tales avances teóricos, tanto porque la convergencia versa sobre realidades últimas: vida y muerte, fe e incredulidad, entrega y egocentrismo, como porque su captación exige no sólo comprensión, sino también conversión.

Sin embargo se da con la sencillez de lo obvio para quien vive en ultimidad las tres realidades. Así aparece en las sencillas y no ulteriormente analizables afirmaciones de Mons. Romero. "Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana, como la persona humana. Sobre todo, la persona de los pobres y oprimidos, que —además de ser humanos— son también divinos" (16.3.80), dijo sobre la Iglesia. "¡No hermanos! No es ilusión. Dios viene y sus caminos son bien cercanos a nosotros. Allí están los caminos de Dios, son los caminos de la historia" (7.12.78), dijo sobre el lugar donde encontrar a Dios.

Esa convicción profunda y última de que la Iglesia es para la vida y de que encuentra a Dios en la historia de la vida y de la muerte es la condición primordial de su opción por los pobres. Con esa convicción su opción por los pobres será en verdad última, porque en ello le va su identidad y su fe; será en verdad fundamental, y no una entre otras posibles opciones, porque sin ella se pierde como Iglesia y con ella crecerá como Iglesia. Con esa convicción la opción por los pobres la ayudará a escuchar los desafíos de esos pobres, a discernir los más urgentes y a ponerlos por obra.

2.2. Los desafíos de la situación a la Iglesia

Ante la realidad descrita en la primera parte de esta charla y con una decidida opción por los pobres, pocas dudas caben de cuál es el desafío fundamental para la Iglesia en El Salvador. Es la opción por la vida, con lo cual responde al clamor de la realidad y a la voluntad de Dios.

La vida es una, pero también es compleja y rica; tiene varias manifestaciones, las cuales se relacionan mutuamente aunque cada una de ellas posea su propia autonomía. También la muerte es una, pero con diversas manifestaciones, las cuales expresan o conducen a la muerte fundamental. A continuación queremos desentrañar los diversos desafíos para la Iglesia desde el gran desafío a defender a la vida. En ellos nos guiaremos por la respuesta de Mons. Romero.³

a) La defensa de la vida y el rechazo a la muerte

Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes... Dios hizo la vida y quiere que subsista y no muera (1.7.79).

Mons. Romero defendió la vida de todo el hombre y de todos los hombres, la vida en plenitud de los hijos de Dios, que definitivamente sólo se alcanza en el reino de Dios. Pero para defender en verdad esa vida en plenitud comenzó con la defensa de la vida de los pobres; pues sería "una pura ilusión, una ironía y, en el fondo, la más profunda blasfemia, olvidar e ignorar los niveles primarios de la vida, la vida que comienza con el pan, el techo, el trabajo" (Discurso de Lovaina, 2.02.1980). A esa vida de los pobres dió ultimidad, de modo que a ella debían supeditarse los intereses particulares y los intereses de la Iglesia, la cual debe juzgar de la situación y de los procesos del país "según les vaya a ellos, al pueblo pobre" (*ibid.*).

Por defender la vida desenmascaró y analizó las causas de la muerte y denunció con fuerza inigualable la represión. Desenmascaró los ídolos de la propiedad privada absolutizada y la seguridad nacional, y llegó a ordenar a los soldados que no obedeciesen las órdenes de matar. Pero también analizó y promovió las causas de la vida. Defendió y animó a la organización de los pobres

para que pudiesen ser con eficacia agentes de cambios estructurales y sujetos de su propio destino; animó a todos los otros grupos sociales y agentes de pastoral a promover por diversos medios la necesaria justicia.

En la defensa de la vida y la lucha contra la muerte vio algo último, pues en ello está la alternativa fundamental que se presenta a todo hombre: "En esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte" (*ibid.*). Por esa vida hay que dar de la propia vida y aun la propia vida, como le acaeció a él mismo. Así comprendió su martirio: "Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro" (marzo, 1980).

b) La defensa de la paz

Estamos hartos de armas y balas. El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, de medicinas, educación... (21.10.79).

Mons. Romero creyó y propició la paz, pues la guerra es un gravísimo mal. No fue un conformista que defendiese la paz a cualquier precio, pues la paz debe ser fruto de la justicia (Tercera Carta Pastoral, 6 de agosto de 1978), ni un pacifista a ultranza, pues sabía que la consecución de la justicia implicaba conflicto y lucha. Pero reafirmó con fuerza la fecundidad de la paz.

Al servicio de la paz analizó y juzgó los diversos tipos de violencia. Sólo en casos verdaderamente excepcionales justificó teóricamente la legitimidad de una violencia insurreccional, mientras en la práctica luchó siempre por los cambios de estructuras y el cese de la represión para que aquélla no llegase. Al servicio de la paz exigió de todos una conversión. A quienes propiciaban la violencia institucionalizada de las estructuras y la subsecuente represión para defenderlas les exigió la conversión radical; a quienes luchaban en legítima defensa y por una causa objetivamente justa les exigió aquella conversión capaz de controlar la *hybris* que amenaza a todo hombre —*hybris* más presente en la lucha violenta— y a someter el orgullo que lleva también a "las manos manchadas de sangre" (9.9.79). Se opuso y denunció la incipiente mili-

tarización del conflicto y la escalada en el armamentismo. Así lo expresó en su clarividente y profética carta al presidente Carter ante la noticia de un incremento en ayuda militar: "La contribución de su gobierno en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudizará sin duda la injusticia y la represión" (17.2.80).

Cuatro años después la guerra se desató en El Salvador. Poca duda cabe que Mons. Romero repetiría hoy con más fuerza sus famosas palabras: "Cese la represión" (23.3.80) y con la misma fuerza proclamaría un "basta ya" a la guerra. Denunciaría no sólo la guerra sino "la mística de la violencia" (Tercera Carta Pastoral) que busca una solución para el país en la pura fuerza militar. La lucha por la paz, tan difícil históricamente, sería el producto de su fe utópica que, a pesar de todo, intentaría siempre reconciliar justicia y paz; y su creencia en la paz le movería a propiciar los medios racionales en medio del conflicto.

c) La gran misericordia

Mi posición de pastor me obliga a ser solidario con todo el que sufre (7.1.79).

Defender la vida es promocionarla estructuralmente desde sus raíces; pero es también aliviar el sufrimiento en las coyunturas de pobreza y muerte. Esto significa unir el gran amor 'estructural' con las entrañas de misericordia de Jesús. Mons. Romero tuvo gran amor y también gran misericordia. No relativizó los sufrimientos concretos en nombre del gran sufrimiento de la muerte estructural.

Misericordia significó indignación ante un "pueblo humillado, sacrificado" (19.6.77), ante "la violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al aire, el botar gente" (1.7.79). Pero significó sobre todo compasión, capacidad de llorar con el pueblo sufriente —"yo les he llorado de veras" decía de dos campesinos asesinados (15.2.80)—, de encarnarse en sus sufrimientos, de acompañarle en su dolor y, sobre todo, de aliviarlo. Así se abrieron en la arquidiócesis refugios cuando comenzaba el éxodo de campesinos aterrorizados por la represión y se fortaleció el Socorro

Cuando está en juego la vida y la muerte de los pobres, la opción tiene que significar parcialización histórica.



Desde las amenazas a Mons. Rivera hasta las capturas y asesinatos de los cristianos de las comunidades, la Iglesia sigue amenazada y perseguida.

A la Iglesia, por último, le es difícil mantener el recuerdo de Mons. Romero. No es pequeño mérito en el país —aunque sea trágico constatarlo— recordar, agradecer y admirar a Mons. Romero. Pero el problema está en cómo recordarlo. También aquí existe el peligro práctico de convertir a Mons. Romero en objeto de pura ortodoxia, incluso de alabanza, pero sin exigencia de seguimiento. Es correcto y necesario afirmar, como lo recordó Juan Pablo II, que la figura de Mons. Romero no debe ser ni irrespetada ni manipulada; pero esto de por sí no dice todavía cómo hay que recordarlo, en qué haya que seguirle, qué palabras suyas deben ser citadas, qué ejemplos suyos deben ser proseguidos. Rehuir esta concreción es empobrecer porque con ello se pierde la gran capacidad orientadora y estimuladora de Mons. Romero.

Estos son en conjunto las dificultades, problemas y peligros de la Iglesia actual. Están expresados de forma generalizada; unos son más agudos que otros y en unos grupos eclesiales se dan unos más que otros. En conjunto, el peligro y el problema está en suavizar la actitud evangélico-profética de Mons. Romero en favor de otra más ético-política; en no hacer de la misericordia ante el sufrimiento de los pobres tan decididamente como él lo hacía, criterio primero y último de pensamiento y acción.

Pero junto a estas debilidades está también la fuerza de la Iglesia. Ya dijimos en la introducción que ésta tiene ahora menos brillantez que en

tiempo de Mons. Romero, pero no pequeño mérito. La Iglesia sigue respondiendo al desafío del país y al grito de los pobres; no es injustificado por lo tanto seguir hablando de una Iglesia de los pobres.

Hay que recordar aquí lo ya dicho antes sobre la actitud de la Iglesia en favor de la paz, del diálogo y de la humanización del conflicto, apoyado por grupos importantes de sacerdotes y religiosos, por un mayor número de religiosas y por muchísimos cristianos de la base.

En esa actitud programática y en esos grupos sigue vivo el espíritu de Mons. Romero. Ellos mantienen el compromiso y la creatividad, tienen capacidad de convocatoria y movilización eclesial, tienen paciencia histórica y se preparan para el futuro. Mantienen lealmente la eclesialidad en diálogo con la jerarquía de la arquidiócesis. En conjunto, representan una notable y heroica realización de la fe cristiana, tanto más profunda porque está enraizada sin ninguna retórica en sangre de mártires y en la sangre de sus mártires. En esos grupos crece la fe y crece la Iglesia; son la reserva de la fe, generan el ingente movimiento de solidaridad internacional y animan a los visitantes, quienes salen fortalecidos en su fe. Estos grupos están en las comunidades de las colonias pobres y de los refugios. Con ellos cuenta y dialoga Mons. Rivera a veces con tensiones, con ellos colaboran las instituciones del arzobispado. Con ellos trabajan sacerdotes y, sobre todo, un grupo numeroso de religiosas y laicos admirables

por su entrega y dedicación. Estos grupos cristianos son evangélicamente la levadura que fermenta la masa eclesial y su número también es suficiente para influir como grupo social.

Son sin duda estos grupos los que eclesialmente mejor responden cristianamente al desafío de la situación. Por ser ellos mismos pobres y por acercarse a esos pobres quienes no lo son, comprenden perfectamente lo que es la muerte y la agonía del pueblo salvadoreño y comprenden perfectamente la opción por la vida. A ello se dedican como cristianos y como salvadoreños.

Si unimos la realidad de estos grupos cristianos y la opción programática de Mons. Rivera se puede decir que buena parte de la Iglesia está defendiendo la vida, y sobre todo que en la Iglesia existe un gran potencial para defenderla. Lo que hay que hacer es movilizar con más decisión, desde arriba y desde abajo, a la totalidad de la Iglesia, a cada vez mayor número de cristianos de las parroquias, de los movimientos apostólicos, de los colegios, de los profesionales, de los sacerdotes, religiosos y religiosas para que se forme una sola voz que clama por la vida. Esa voz es ya en parte una realidad, con posibilidades mucho mayores.

Esta es, por lo tanto, una Iglesia de los pobres en El Salvador que defiende la vida de los pobres. Por ello ha sufrido una muy cruel persecución en años anteriores y —aunque disminuida, porque cada vez queda menos que perseguir— la sigue sufriendo. Desde las amenazas a Mons. Rivera hasta las capturas y asesinatos de los cristianos de las comunidades, la Iglesia sigue amenazada y perseguida. Pero la fortaleza en mantenerse a pesar de la persecución significa que es la Iglesia de Jesús y que ha decidido estar con los pobres.

A cuatro años del asesinato de Mons. Romero, Iglesia y pueblo salvadoreño se remiten mutuamente y se necesitan con más urgencia que nunca. La Iglesia con su debilidad y su fuerza sigue optando por la vida. Como dijo proféticamente Mons. Romero: "Ojalá si se convencen de que perderían su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá

jamás" (marzo, 1980). El pueblo sigue buscando y esperando su resurrección. Lo que Mons. Romero hizo fue unir para siempre resurrección del pueblo y resurrección de la Iglesia: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño" (*ibid*). Lo que la Iglesia debe hacer es seguir trabajando por la resurrección del pueblo salvadoreño, en la cual ella también resucita, y así dar testimonio del Dios de la vida y encaminarse hacia la plenitud de la vida de Dios.

San Salvador, 24 de marzo de 1984.

En el cuarto aniversario del martirio de Mons. Romero.

NOTAS

1. "La Iglesia en el actual proceso del país," *Revista Estudios Centroamericanos (ECA)*, 1979, 372-373, 905-922; "El testimonio de la Iglesia en América Latina," 1980, 379, 427-444; "La Iglesia ante la crisis política actual," 1981, 390-391, 349-366; "Persecución a la Iglesia en Centroamérica," 1981, 393, 645-664; "Conlleivos mutuamente. Análisis teológico de la solidaridad cristiana," 1982, 401, 157-178; "La Iglesia en El Salvador: interpelación y buena noticia," 1983, 411, 27-36.
2. "Agonía de un pueblo: urgencia de soluciones," *ECA*, 1984, 423-424, 1-12. *La Revista Estudios Centroamericanos* ha analizado sistemáticamente la situación salvadoreña. Se recomiendan especialmente los siguientes números monográficos: "La situación nacional," 1979, 369-370; "Aquí El Salvador. La insurrección militar del 15 de octubre de 1979 y sus consecuencias sociales," 1979, 372-373; "En busca de un nuevo proyecto nacional," 1980, 377-378; "A un año del golpe militar en El Salvador," 1980, 384-385; "Un llamado a la reflexión, a la paz y a la solución global del conflicto," 1981, 390-391; "Análisis, balance y perspectivas del proceso reformista de octubre de 1979 a mayo de 1982," 1982, 403-404; "La intervención norteamericana en El Salvador," 1983, 415-416; "Encrucijada en El Salvador," 1984, 425, aparecido también en inglés en *NACLA*, 1984, 2. Se recomienda también el editorial "Diez tesis sobre un proceso de negociación," 1983, 417-418.
3. Sobre Mons. Romero hemos escrito, "Monseñor Romero: mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y su obra," 1980, 377-378, 253-275; "Mons. Romero: profeta de El Salvador," 1980, 345-385, 1001-1034; "Monseñor Romero y la Iglesia salvadoreña, un año después," 1981, 389, 127-150; "Mons. Romero: un hombre de este mundo y un hombre de Dios," 1983, 413-414, 289-296.